

**E**N 1136, EN EL APOGEO DE LA EDAD MEDIA, durante el máximo vigor de la nobleza de sangre, san Bernardo de Claraval escribe su *Alabanza de la nueva caballería*. Insufla a la institución, cuando menos falta parecía hacerle, un temple renovado, espiritual, y para todos. En las páginas que siguen y para este tiempo más menesteroso, vocearé, encaramándome a hombros de nuestros mayores, otra llamada universal a la hidalguía del espíritu. Mi máxima aspiración sería que *Ejecutoria* mereciese el delicioso y estirado reproche que doña Luisa de Padilla hizo al *Oráculo manual* de Baltasar de Gracián: «Había vuelto comunes al darlas a la imprenta unas materias tan elevadas y tan sólo adecuadas para unos héroes, de manera que en adelante hasta el más modesto burgués puede tener por escudo cosas que, debido a su excelencia, sólo estarían bien en unas manos menos viles». El aforista polaco S. J. Lec nos ha regalado el *motto* de la empresa: «Hay que popularizar el elitismo».

Me apresuro a dejar claro desde el primer párrafo el propósito de popularización, no vaya a pensar mi nobilísimo lector que vengo a dar lecciones de aristocraticismo en virtud de otro título distinto del que ella o él ya tienen. Me dispongo a cruzar el umbral de la hidalguía, sí, pero tras el preceptivo: «Usted, primero».

Esta voluntad personal de alcanzar la máxima altura de cada uno podría servirnos de definición de urgencia de la hidalguía de espíritu. Y también nos vendrá bien saber ya qué es la nobleza. Según el Espasa, es «la clase social formada por aquellas personas dignas de ser reconocidas por su virtud y méritos, propios o heredados». Según el marqués de Salvatierra, «en este último término –heredados– está la clave». Y, sin embargo, yo creo que la clave está en el primer término: «propios». O, mejor dicho, ni para el marqués ni para mí, sino para el Espasa: la auténtica cuadratura del círculo está en que la nobleza acoge y reconoce ambos, virtud y méritos, y propios y heredados, y el juego mutuo de reflejos y exigencias que se establece entre ellos, y los acrecienta.

Bernardo de Claraval honraba más al valioso que al linajudo. En el mito caballeresco por excelencia, el ciclo artúrico, la espada espera clavada en la piedra al que sea capaz de sacarla y alzarla en virtud de su virtud. Un chico de borrosos orígenes que funge de escudero o de sirviente logra extraerla: se llamaba Arturo. Hay una

espada para cada persona, lo mismo que cada cual tiene su propio corazón de piedra del que ha de desenvainarla. Saquemos de la piedra que somos la espada que seremos.

En *De laude novae militiae* latían otros dualismos que daban lugar a un vivificante balanceo entre el espíritu y el abolengo, la tradición y la novedad, la mística y la rutina, el mérito y el don, la batalla y la corte, la vida y la muerte, el rito y el grito, la oración y la sangre... Todo lo cual simbolizó y resumió Bernardo con otra imagen tajante: la espada de doble filo. Para nuestra novísima hidalguía del siglo XXI sostendremos la sístole y la diástole que Bernardo supo ver en el corazón de su nueva caballería: la suya iba a serlo de monjes y de guerreros. Este ensayo nace sin miedo a las paradojas, aunque sean otras (adalides y ciudadanos), con idéntico amor a las metáforas, que serán muy similares; y con el espíritu que cinceló Friedrich Schlegel en su *Filosofía de la Historia*: «La caballería es en sí misma la poesía de la vida».

MENESTEROSOS  
DE NOBLEZA

---

## – LA INDIGENCIA –

**P**ASMA LA RABIOSA ACTUALIDAD DE DON QUIJOTE de la Mancha dándose cuenta de que «la cosa de que más necesidad tenía el mundo era de caballeros andantes, y de que en él se resucitase la caballería andantesca». Trescientos treinta años después, insiste Camus: «Este mundo se mueve tanto –como un gusano al que cortan en pedazos– porque ha perdido la cabeza. Busca a sus aristócratas». El éxito mundial en 2016 del ensayo *Nobleza de espíritu. Una idea olvidada* de Rob Riemen indica, en buena teoría económica, esa misma falta. Su oferta había encontrado una demanda global en un público ávido. Un precedente de principios de los ochenta es *La tarea del héroe* de Fernando Savater, que fue Premio Nacional de Ensayo. Más actual, la ejemplaridad que postula el filósofo Javier Gomá ha conocido un considerable predicamento de público y crítica. El *best-seller* del fenómeno mediático Jordan B. Peterson

*12 rules for life* puede leerse como un manual de nobleza para la postmodernidad, que incluye entre sus vigorosos consejos hasta el preceptivo combate contra el dragón. Por su parte, Robert Redeker, en *Centinelas de la humanidad*, postula que «esta necesidad de héroes es, al mismo tiempo, social, política y psicológica». No olvidemos sumar el *Hazte quien eres* de Jorge Freire y la *Ética para valientes* de David Cerdá. Incluso los incontables libros de autoayuda, tan caricaturizables, ¿no hacen el papel de aquellas novelas de caballerías en serie que sorbieron el seso en noches de claro en claro y días de turbio en turbio a Alonso Quijano?

Resulta difícil hallar un ámbito en el que no echemos de menos la nobleza de espíritu. «Nada es más cierto que nuestras costumbres, nuestra civilización, y todas las buenas cosas que se relacionan con las costumbres y con la civilización en este europeo mundo nuestro, han dependido, durante siglos, de dos principios y han sido, de hecho, el resultado de la combinación de ambos: me refiero al espíritu caballeresco y al espíritu religioso», advierte Edmund Burke en *Reflexiones sobre la revolución en Francia*, cuando, profético, temía por la suerte de ambos. El tiempo ha venido a darle, implacable, la razón. Burke cinceló el epitafio de Europa nada más enterarse del asesinato de la reina María Antonieta: «La edad de la caballería ha acabado. La de los sofistas, la de los

economistas y contables ha llegado; y la gloria de Europa yace extinta para siempre».

En lo social, lo clava un chiste que corrió como la pólvora con la penúltima crisis económica: «La clase trabajadora no tiene trabajo, la clase media no tiene medios y la clase alta no tiene clase». No es una cuestión banal. Alguien tan sopesado como el premio Nobel T. S. Eliot consideraba que el daño más irreparable de los que Inglaterra había infligido a Irlanda fue «*The Flight of the Wild Geese*», esto es, el exilio de sus élites a España y a Francia, que descabezó a la pequeña isla, mutilando su ecosistema social y su equilibrio de ejemplos y emulaciones.

En política, la necesidad imperiosa de una aristocracia la sostienen, entre tantos otros, Polibio y Cicerón, otra vez Burke y, singularmente, el vizconde de Tocqueville. Don Gaspar Melchor de Jovellanos en su «Sátira Segunda o de la mala educación de la nobleza» vaticinó (en 1787) la inminente revolución francesa y las sucesivas rebeliones de las masas si la nobleza no volvía a los fueros de la hidalguía virtuosa. Su final, por su profética exactitud, asombra:

... Venga denodada, venga  
la humilde plebe en irrupción, y usurpe  
lustre, nobleza, títulos y honores.  
Sea todo infame behetría. No haya

clases ni estados. Si la virtud sola  
les puede ser antemural y escudo,  
todo sin ella acabe y se confunda.

Más cerca de nosotros, Ángel López-Amo con *El principio aristocrático* clama por su vuelta y todavía más cerca Patrick J. Deneen llama a recuperar el «aristopopulismo». Para todos ellos el régimen ideal es la «constitución mixta», que mezcla elementos monárquicos, aristocráticos y democráticos. Hoy se nos ha volatilizado un elemento, aunque sigamos teniendo más o menos monarquía y democracia. La causa última de la crisis de identidad del Senado no hay que buscarla en el laberinto territorial o en los desfallecimientos de la Constitución, sino en la ausencia de una operante aristocracia del espíritu, que la Cámara Alta tendría la misión de canalizar.

La nobleza de espíritu también sería el remedio de otros insidiosos problemas contemporáneos. Con su indomable acento puesto en lo personal, en la dignidad única de cada uno, ¿no ejerce una tenaz resistencia a la fascinación por las multitudes y a la obsesión por lo cuantitativo como argumento de autoridad, ya sean *likes*, *rankings*, número de ventas, tantos por ciento, cuentas bancarias o recuentos de noches electorales? «Aunque todos, yo no» es el remedio que la nobleza de espíritu ha dispensado siempre contra los contagios miméticos y las

vertiginosas masificaciones a las que nos abocan tanto el socialismo como el capitalismo. «*Paucitas nobiletat*», había escrito Tácito en *Germania*: «El número pequeño ennoblece»; y esas mismas matemáticas del orgullo hacen a Enrique V, a través de Shakespeare, proclamar: «*We few, we happy few, we band of brothers*». En otro libro programático de la nobleza de espíritu escrito en el mismo corazón de la caballería medieval, en 1275, el *Libro de la Orden de Caballería*, Ramón Llull niega la entrada en la orden a quien dé más importancia al número de caballeros que a la virtud de cada uno: «Porque la caballería no se fija en la cantidad del número y ama la nobleza del corazón y de las buenas costumbres, quien ame más la cantidad de caballeros que la nobleza de la caballería es inconveniente para ser caballero y es menester que sea examinado y reprendido por la injuria que hace a la alta honra de la caballería». Para llevar nuestra contabilidad —frente a la marea de lo mediático y los argumentos de la estadística— contamos con aritmética de Heráclito el Oscuro: «Uno para mí es diez mil, si es el mejor».

Ni siquiera el amor es posible sin nobleza de espíritu. Dostoievski lo avisa en *El jugador* cuando la incierta Polina espeta a Alexander: «¿Es porque no cree en mi nobleza de espíritu por lo que confía en comprarme con dinero?». Esa falta de fe nobiliaria desata la tragedia por la que ambos jóvenes, con tantas posibilidades, lo perderán todo.

Giorgio Agamben, ante el rostro de nuestro tiempo que el Covid ha puesto en evidencia, deduce que estamos ante un cambio de sistema moral. «El umbral que separa la humanidad de la barbarie ha sido traspasado», declara sin ambages al recordar que lo que nos han prohibido durante la pandemia constituye la esencia originaria de la civilización: enterrar dignamente a nuestros muertos. Por lo que concluye: «Lo cierto es que harán falta nuevas formas de resistencia». ¿Nuevas? Agamben propone volver a Antígona, princesa tebana.

Otro mal de nuestra época es el igualitarismo. En apariencia, se diría que une a las gentes en una apoteosis democrática, pero las condena a una absoluta indiferencia de unos con otros. Si todos son iguales a mí, ¿qué curiosidad me pueden despertar? El igualitarismo nos convierte en solipsistas prácticos. Y nos cierra cualquier vía de salida, como diagnostica la inolvidable Simone Weil, Antígona moderna: «La exigencia de igualdad tiene una fuente noble, el deseo de justicia, y otra innoble, el odio a cualquier tipo de superioridad». El primer molino de viento contra el que ha de arremeter la nueva nobleza de espíritu es, por tanto, el odio a toda superioridad. Admira y da esperanza leer al pastor Dietrich Bonhoeffer, martirizado por el nazismo, expresar este dictamen: «En tiempos pasados puede haber sido tarea del cristianismo el dar testimonio de la igualdad de los

hombres; hoy, el cristianismo tendrá que comprometerse apasionadamente en favor del respeto a las distancias y a la calidad humana».

La ausente hidalguía deja todavía más vacíos contemporáneos. Frente al fracaso o la impotencia de la ética del hedonismo, cuya insistencia en el placer egocéntrico conduce a tanto desaliento y soledad, se alza la posibilidad del perfeccionamiento moral de la ética aristotélica, intrínsecamente aristocrática. En un ilustrativo trabajo de *El País*, han analizado la frecuencia creciente o decreciente con que, en el mismo periódico, se han usado determinadas palabras significativas a lo largo de sus cuarenta años de existencia. Resulta un sencillo documento de primer orden para estudiar la evolución de la cultura nacional al trasluz del que fue el «periódico de referencia». No ha de extrañarnos que de los años ochenta del siglo XX para acá la frecuencia de aparición de palabras como «honor», «obligaciones» o «deber» haya decaído más y más, rozando el peligro de extinción. E inexorablemente sucede lo que vio venir C. S. Lewis: «Nos reímos del honor y luego nos sorprendemos de encontrar traidores entre nosotros».

Hoy se podría afirmar sin exagerar demasiado que el único deber ciudadano es pagar los impuestos. Lo que nos explica el creciente rechazo a pagarlos, además de la reticencia lógica. Primero, porque, siendo nuestro único

deber, nos degrada a meros pagadores. Se nos condena a la condición de *homo œconomicus* e, incluso a otra más baja: la condición de *homo tributarius*. Segundo, porque inconscientemente, por puro *horror vacui*, el poder político, más allá de la rapacidad estatista, para paliar la ausencia de otros deberes ciudadanos más esenciales, infla el deber impositivo.

La nobleza de espíritu corrige los excesos del igualitarismo por superación y la ausencia de deberes, por asunción libérrima de todos aquellos a los que la nobleza obligue. También rechaza la corrupción política, el *bullying* y su taimado hermano gemelo, el victimismo, la mediocridad pública, la adicción al escándalo, la alergia a la jerarquía, la irrisión de la virilidad, el desdén por la paternidad, la zafiedad sentimental, el trabajo mal hecho, las *fake news*... Cada cuestión podría explicarse con mucho más detalle y detenimiento, pero a nadie escapa que todo eso son «cosas que no hace un caballero» ni una señora o señorita. La gesta de Iván Fernández Anaya lo ilustra. El 2 de diciembre de 2012, el atleta de Kenya, Abel Mutai, estaba sólo a unos metros de cruzar la meta del cross de la localidad navarra de Burlanda, pero se confundió con los letreros y se detuvo pensando que ya había finalizado la carrera. Iván Fernández, que corría en segundo lugar, pudo haberle adelantado y colgarse el codiciado oro. Escogió gritarle y, como no le entendía,

empujarle, hasta que Mutai reaccionó, y ganó la carrera. ¿Por qué el español renunció a un triunfo fácil, conforme al reglamento y que nadie le habría reprochado? En pocos segundos tuvo que tomar una decisión compleja con una mente agotada por el esfuerzo. Decidió la educación y la sangre. Cuando los periodistas le preguntaban atónitos, respondió: «Pero, ¿cuál hubiese sido el mérito de mi victoria? ¿Cuál sería el honor en esa medalla? ¿Qué pensaría mi madre de esto?». En la misma línea, el filósofo Javier Hernández-Pacheco Pacheco, al hablar de la confusión reinante en las actuales relaciones entre sexos, anotaba con su añorada perspicacia: «Es la crisis del sentido caballeresco, más que del cristianismo, lo que nos ha dejado sin referencias en este asunto decisivo».

Tampoco el sistema educativo parece capaz de sobrevivir a la desaparición del ideal de nobleza de espíritu, como entona la palinodia del marqués de Vargas-Llosa:

Queríamos acabar con las élites, que nos repugnaban moralmente por el retintín privilegiado, despectivo y discriminatorio con que su solo nombre resonaba ante nuestros ideales igualitaristas y, a lo largo del tiempo, desde distintas trincheras, fuimos impugnando y deshaciendo a ese cuerpo exclusivo de pedantes que se creían superiores y se jactaban de monopolizar el saber, los valores morales,

la elegancia espiritual y el buen gusto. Pero hemos conseguido una victoria pírrica, un remedio peor que la enfermedad: vivir en la confusión de un mundo en el que, paradójicamente, como ya no hay manera de saber qué cosa es cultura, todo lo es y ya nada lo es.

La ausencia de modelos atractivos, que encaucen la energía vital, especialmente para los varones, genera problemas de convivencia en las aulas –cada vez mejor estudiados, aunque nunca atendidos en sus raíces–. Además, el descrédito del héroe se agazapa detrás del desinterés creciente de los jóvenes adolescentes por la lectura. Disponen, sí, de abundantes libros adaptados, series y películas, pero los personajes, anodinos de pura corrección política, no logran ganarse el corazón de los muchachos como aquellos aventureros gallardos e incorrectos de antaño, siempre dispuestos a jugarse la vida por una causa noble o por una atractiva doncella..., no tan indefensa como en principio parecía.

Quizá por todo esto hasta un socialista andaluz de la vieja guardia, el profesor Alfonso Lazo, clamaba en un artículo de 29 de abril de 2018 en el *Diario de Sevilla*:

Los conceptos de élite, aristocracia, meritocracia, excelencia y competencia se han convertido en

España en graves blasfemias que atentan contra la moral obligatoria de la igualdad por abajo. Espero de los más insumisos de los jóvenes que sean capaces de romper el tabú. Sentir orgullo de ser los mejores, competir noblemente, esforzarse, agruparse, celebrar las victorias, puesto que esos sentimientos y actitudes lejos de ser innobles caracterizan la nobleza de espíritu. [...] Son precisamente los tiempos de barbarie y decadencia los que forjan las nuevas aristocracias que han de llegar.

## – LA INTELIGENCIA –

**E**N LA EDAD MEDIA SE ESCRIBIERON VARIAS GUÍAS del buen caballero que, leídas hoy, podrían aplicarse con mucho más (y mejor) provecho que una biblioteca a rebosar de libros y vídeos de autoayuda. Destacan tres. La primera, nuestra *Alabanza de la nueva caballería* (1136), de san Bernardo de Claraval. Fue una meditación para los recién fundados caballeros del Temple. Han pasado nueve siglos y, sin embargo, su invitación a la santidad de la lucha no ha caducado. La segunda también la conocemos ya: el *Libro de la orden de caballería* (1275), de Ramón Llull. Si la primera guía la escribió un santo; la segunda, un beato, que además fue filósofo y, antes, caballero con todas las de la ley. Sabe de lo que habla. El ideal se mantiene impoluto. La tercera es el *Libro de caballería* (1350), de Godofredo de Charny. Habían pasado casi otros cien años, y, aun así, la caballería, impertérrita. A Godofredo se le conocía